

Las escrituras de los no aptos. Juventud y literatura del encierro

Manuel Vilchez*

Resumen

Se analizan los procesos de escritura surgidos de la experiencia desarrollada en el contexto de encierro del Centro de Recepción y Cerrado Batán durante el año 2018, en el marco del Proyecto de Extensión «Sujetados por el arte: prácticas instituyentes con adolescentes y jóvenes en contextos de encierro punitivo», dirigido por la Profesora Claudia Segretín. Allí se trabajó con un grupo de jóvenes privados de su libertad en torno a la escritura de poemas y relatos. A partir de lecturas literarias y conversaciones, con palabras ajenas y propias, motivados con técnicas de escritura de tipo taller literario, los jóvenes escribieron poemas y narraciones. Sus escritos se constituyeron en territorios de construcción de subjetividades que ocupan, mediante operaciones de apropiación y desvío, el rol de escritores.

Palabras clave

jóvenes - encierro - escritura - literatura

* Estudiante avanzado de Profesorado y Licenciatura en Letras (UNMdP). Trabaja de Tutor Socio-laboral en Secundaria con Oficios. Forma parte del Grupo de Investigación de Teoría y Crítica (UNMdP). Tallerista en proyectos de Extensión en contextos de encierro (Centro de Recepción Cerrado de Menores de Batán). Contacto: elmanuargentino@gmail.com

La reflexión surge a partir de los procesos de escritura literaria surgidos de la experiencia desarrollada en un taller de literatura y arte en el Centro de Recepción y Cerrado de Batán durante el año 2018. El marco es el proyecto de extensión de la Universidad Nacional de Mar del Plata, titulado «Sujetados por el arte: prácticas instituyentes con adolescentes y jóvenes en contextos de encierro punitivo», dirigido por la Profesora Claudia Segretín. Junto a extensionistas de diversas áreas académicas, organizamos una serie de encuentros de lectura, escritura y arte con un grupo de jóvenes que se encuentran privados de su libertad. La mayoría provienen del conurbano; también de la periferia de La Plata y Bahía Blanca; el único marplatense vive en el barrio de Las Heras. Entonces lo primero que se evidencia es la criminalización de la juventud y la pobreza. Además del hecho de que su encierro en Batán implica para la mayoría vivir alejados de sus familias y amistades.

La cárcel es un contexto de encierro particular que posee características institucionales orientadas a la vigilancia y la disciplina de las personas privadas de su libertad. Desde un aporte teórico, en *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Foucault (1976) plantea el recorrido histórico que llevó a la conformación de esta institución punitiva como el espacio hegemónico para el castigo de las personas en conflicto con la ley. De este modo, afirma que «(...) corresponde al siglo XIX haber aplicado al espacio de la exclusión, cuyo habitante simbólico era el leproso (y los mendigos, los vagabundos, los locos, los violentos, formaban su población real), la técnica de poder propia del reticulado disciplinario». (p. 231) Así, los Estados modernos constituyen, bajo el nombre de la prisión, una institución específicamente dedicada a la combinación de dos conceptos clave: la exclusión de ciertos sujetos designados por el poder; y su disciplinamiento sistemático.

Entonces, el taller literario se ubica contextualizado en una inevitable tensión con el sistema punitivista que, a través de los agentes institucionales, impone la lógica de los premios y castigos a cada una de las decisiones de los jóvenes. Por su parte, Goffman (1970) denomina a estos sitios como «Instituciones totales», ya que organizan la totalidad de la vida desde la disciplina y el control, a partir del binomio que jerarquiza las relaciones entre «personal» e «internos». Por lo tanto, el hecho de participar de un espacio abierto, así como las acciones, inacciones, palabras y silencios son valorizadas desde el punto de vista de sus elecciones, a través de la construcción de confianza y de compromiso.

A lo largo de los encuentros, los jóvenes iban escribiendo en sus cuadernos y hojas sueltas, a partir de la lectura de textos literarios (de Gironde, Borges y Camilo Blajquis, entre otros), junto con diversas propuestas para movilizar la imaginación y la creatividad. Como afirma Bajour (2009):

En contextos heridos por la exclusión o por diversas formas de violencia, real y simbólica, en el balance entre el decir y el callar, suele predominar el silencio como refugio, como resistencia o como enajenación de la palabra propia. (...)

Muchas veces la lectura compartida de algunos textos, sobre todo los literarios, es una manera de poner de relieve, siempre atentos a la intimidad y al deseo del otro, la punta del iceberg de lo que sugerimos por medio de silencios y palabras. (p. 2).

En este caso, se potencia aún más por el hecho de que no solamente compartimos lecturas literarias, sino que además profundizamos en la búsqueda de las palabras propias, a partir de las ajenas, movilizándolo dinámicas de escritura como otra forma de romper el cerco del no decir.

A su vez, la escritura re-enviaba a momentos de lectura: al enunciar sus propias palabras en voz alta, se escuchaban entre sí y compartían su creación. Luego, en conjunto con el autor, revisábamos y corregíamos. La corrección en el taller no es un análisis unidireccional, sino más bien un diálogo, un ida y vuelta en el que lo primordial es que cada uno encuentre su propia forma de expresión, su «estilo» personal. Por lo tanto, es un momento reflexivo, de pregunta y repregunta, en que se ponen en juego y se comparten conocimientos lingüísticos que los autores noveles van incorporando en el uso práctico del lenguaje.

La publicación de los textos producidos, en sintonía con Finocchio, inserta las experiencias literarias en una propuesta de circulación social de la palabra. Es una continuación del trabajo de escritura mediante la cual las voces silenciadas atraviesan las rejas. Entonces, propusimos la producción colectiva de una antología de relatos y poemas escritos por los jóvenes, un proyecto grupal que integra a todos los que habían participado durante el año.

Para su realización, trabajamos con diversas técnicas de escritura en paralelo. La consigna general era el desarrollo de un texto de tema libre. Buscábamos la reafirmación de la voz propia y profundizar el camino de constitución de su subjetividad posicionándose en el rol de escritores. Entonces dispusimos una mesa con diversidad de instrumentos que fomentan la creatividad. De este modo, podían elegir si querían utilizar alguna herramienta y cuál preferían para desarrollar su imaginación. Así, los instrumentos de experimentación literaria iban circulando de mano en mano, mientras las historias y los versos comenzaban a formarse paso a paso.

Primeramente, observamos y leímos el libro-álbum *Criaturas* de Chanti. A medida que mostrábamos las imágenes iban surgiendo comentarios de lecturas posibles. Planteamos la pregunta acerca del título y la polisemia de la palabra. Entonces, se fue construyendo la reflexión sobre las múltiples «criaturas»: la niñez, el sentirse extraño y quiénes son los posibles monstruos en la sociedad.

En el relato «Los no aptos para esta sociedad», Joel (2018) describe al colectivo del que forma parte y con quienes comparte el encierro: «No crucé pibes que nacieron en cuna de oro. Conocí de las villas y de barrios humildes. Y como siempre, la hu-

mildad persiste en cada uno de nosotros.» (p. 5) De esta manera, su estilo escrito se construye en paralelo con la oralidad, poniendo en juego el registro de su sociolecto. Se trata de una voz personal y colectiva a la vez. Con sus palabras plantea una de las cuestiones centrales del sistema carcelario: la selectividad. Los individuos que son aislados del resto de la sociedad mayoritariamente provienen de clases empobrecidas. Y su situación de conflicto con la ley se enmarca, por lo general, en crímenes del tipo robo de la propiedad privada a pequeña escala y el consumo de drogas ilegales. Como toda selección, distingue y segmenta entre quienes reciben el castigo, adentro de la prisión, y por fuera aquellos delitos que permanecen impunes. En este sentido, Fernández (2014) postula como causa contextual de esta problemática:

El avance del capitalismo que en su acumulación de riqueza generó una gran impaciencia por proteger los bienes a través de sistemas de vigilancia. En ese contexto los propios Estados constituyen a los jóvenes y a los niños de clases económicamente pobres, como amenazas». (p. 7)

Cabe preguntarse ¿quién es «apto» para esta comunidad y quién lo determina? ¿No es la sociedad, a través de las instituciones del Estado y de la organización civil, la responsable de formar personas «idóneas y hábiles»?

Pero además el relato de Joel adquiere la forma de manifiesto y denuncia algo más: ellos lo saben, son conscientes de que la exclusión económica los empuja al delito y del delito a la cárcel como un orden predestinado. Sin embargo, *Los no aptos para esta sociedad* tienen una voz propia que reclama ser escuchada.

Tomando unos amargos, dialogando con los no aptos, a pesar de que yo también pertenezco a ese grupo tan polémico; escucho y comparto historias de vida con los monstruos.

Pero a pesar del qué dirán, somos pibes llenos de sentimientos. Distintas personalidades, pero los mismos sentimientos y con el mismo propósito de salir en libertad.

(...) Todos sabemos remontar una pistola, pero todos tenemos el don de aprender cosas nuevas.

Siento que mucha gente cree lo que dice el noticiero. Pero que vengan un día a ver cómo somos y qué pasó con nosotros, que hoy nos encontramos acá. (p. 5)

Como un alegato de defensa, el discurso del joven se articula entre la anécdota y la argumentación. Parte de referir una situación cotidiana en su vida. El contexto del encierro emerge en el texto de manera natural o familiar. Es lo conocido, lo habitual: la experiencia de convivir en cautiverio. Luego explora una estrategia que apunta al convencimiento del público lector. Se orienta a la búsqueda de una

conversación negada de antemano: la posibilidad de ampliar ese diálogo «interno», entre iguales, hacia el otro, «exterior», diferente, con una perspectiva distinta. Genera un movimiento diaspórico, de dispersión de la palabra, que habilita y ocupa un espacio intermedio, un pliegue adentro/fuera. En este sentido, Goffman analiza la «desconexión social» que subyace al encierro y cómo esta situación afecta a la subjetividad generando procesos de despersonalización. Este aislamiento opera a nivel real y simbólico. En contrapartida, la escritura es un medio para la indagación comunicativa. Por supuesto, para hacer mella en la estructura cerrada y encontrar un resquicio en el hermetismo de los muros, reales y simbólicos, se deben superar los prejuicios presentes en el «qué dirán».

Asimismo el texto de Joel identifica el rol hegemónico de los medios masivos de comunicación como constituyente del decir dominante sobre la juventud. Esos relatos de poder concentrado conforman una imagen del «pibe chorro» o el «menor delincuente» como un remedo actualizado de la «barbarie» sarmientina. Se trata del «enemigo interno» a combatir. Contra el relato estigmatizante, que niega la posibilidad de una comunicación en nombre de la «información objetiva», pero también del sensacionalismo amarillista, el escritor preso propone contrastar con la subjetividad, la experiencia personal, el contacto y la cercanía para llegar a la comprensión.

La escritura implica un proceso de detenimiento y reflexión. Entonces surge la pregunta: ¿qué mirada sobre sí mismos ponen en juego los jóvenes? Los términos *no aptos*, *grupo tan polémico* y *monstruos*, contienen un tinte irónico, de distanciamiento con respecto a las construcciones socialmente predominantes y, a la vez, evidencian el peso del discurso ajeno y su nivel de intromisión en la visión propia. Sin embargo, el texto se presenta como un territorio abierto para una representación alternativa del «nosotros» que, sin negar la capacidad de ejercer violencia y provocar miedo («sabemos remontar una pistola»), va más allá al poner énfasis en los sentimientos y el deseo de aprendizaje; una visión mucho más humana y compleja que los estereotipos mediáticos.

Asimismo, prevalece la capacidad de elaborar un pensamiento propio, autónomo y su potencial emancipatorio: «Pero eso pienso yo, que de a poco y con voluntad, se puede cambiar. A pesar del qué dirán, le seguimos poniendo onda, porque todos sabemos que hay un futuro «cheto mal», como decimos nosotros». (2018: 5) En términos de Rancière (2018), podemos visualizar la escritura en un contexto opresivo como una de las formas en que la persona, privada de su libertad ambulatoria, pero no intelectual ni emocional, verifica su propia inteligencia y su íntima humanidad. De este modo, quiebra otro prejuicio, el de la desigualdad o superioridad del ciudadano «decente». Quien escribe está en igualdad con quien lee, no hay jerarquía. Se trata de un diálogo de iguales o, al menos, ese parece ser el deseo que moviliza su manifestación en el papel.

Frente a la incomunicación producto del aislamiento, encontramos la voluntad de superar los límites de la distancia a través de la palabra escrita. En este sentido, la literatura carcelaria está caracterizada por ser dialógica, asemejándose al discurso epistolar. Gravita constantemente el destinatario como figura textual. En el texto analizado, los otros aparecen como «la gente» cuando se los requiere e incita a actuar: «que vengan». Es una invitación a sumarse a esa conversación interna, también es un desafío a superar los prejuicios que se ocultan tras el silencio.

Volviendo al momento de escritura, otro de los jóvenes, llamado Mirko, eligió una de las tarjetas de géneros narrativos, denominada «Maravilloso», cuya imagen retrataba a un hada en el bosque. A partir de allí, inició su poema «Mi hermosa hada». Se quedó pensativo y le acercamos las cartas de Propp, las cuales presentan una palabra y dibujos de las funciones que equivalen a una relación de acciones que suelen acontecer en los cuentos populares. Similarmente, Julián escogió la tarjeta «Policial» e inició una narración basada en el tema de la venganza. Cuando en su desarrollo se sintió «trabado», que no sabía cómo continuar, le pasamos los dados «Story Cubes», juego diseñado por Rory O'Connor. Luego de arrojarlos, pudo continuar con su historia hasta finalizarla. Al momento de leerlos, incorporó la actuación de los personajes, poniendo en juego lo corporal y el movimiento como parte de su *performance*.

En cambio, Brian no quería participar de la escritura. Manifestaba que en la escuela la profesora de Lengua le había propuesto algo similar y él se había negado. Repetía la frase «Yo no cazo un fútbol». Entonces le preguntamos qué significaba para él. La respuesta era obvia, pero las palabras escogidas, sus «palabras generadoras», en términos freireanos, parecían contener algo más, una historia detrás que merecía ser contada. Y así fue: cuando le preguntamos por qué hablaba del fútbol para expresar su supuesto desconocimiento, si le gustaba ese deporte, comenzó a relatarnos sus experiencias en un club, su sueño de llegar a Primera y los conflictos que se lo impidieron. Ese relato oral, testimonio de su vida, se convirtió en su narración: «Yo no cazo un fútbol». De esa manera, pusimos en evidencia su conocimiento, su capacidad para narrar y escribir, la potencia de su inteligencia guarecida tras la máscara de la ignorancia.

Por su parte, David (2018) escogió una imagen de *Criaturas* que muestra a una nena apoyada contra un muro rasgado por grietas tapándose la cara, acompañada del enunciado «Paloma, paloma, ¡el que no se escondió se embroma!»; detrás suyo aparece una extraña criatura. Entonces, se preguntó: «¿Dónde te escondes?» y escribió:

Yo me escondo detrás de mi vida.

Yo la pasé fea, me encuentro detrás de las malditas rejas.

Yo me escondía detrás de las paredes para ahogar mis penas y todos los días de mi vida la pasé en la calle.

Yo probé la maldita droga y me arruinó la vida...

De noche veo la luna, de día veo el sol, de noche veo las estrellas...
Ahora voy a contar mi historia.
Yo probé la droga y un día me choqué con una pared. Detrás de la pared había una flecha y me entró en el corazón.
Entonces empecé a ver monstruos. (p. 8)

Como puede observarse, el poema se ancla en el «yo» y trabaja la línea testimonial, exponiendo experiencias íntimas. Plantea una visión crítica del tiempo pasado y una referencia directa al presente en el contexto de encierro. De este modo, recupera el tópico del escondite, la figura de la pared y la noción de «monstruo», de la imagen tomada del libro. Sin embargo, se aleja de lo lúdico para reelaborar completamente la escena literaria, a través del prisma de la mirada de un joven privado de su libertad. Chartier (1999) conceptualiza este proceso como «apropiación» del cual surgen: «(...) la pluralidad de usos, la multiplicidad de interpretaciones, la diversidad de comprensión» (p. 86). Se trata de la construcción de «desvíos» y «reinterpretaciones» no pre-existentes en el libro fuente, sino emergentes de la creatividad del joven lector y escritor como productor de nuevos sentidos.

Además, el texto producido pone en evidencia que la noción de «infancia» depende de las condiciones socio-económicas en que cada persona se forme. Asimismo, el escondite se convierte en una estrategia de vida, de supervivencia, la necesidad de ocultarse para evitar el sufrimiento cotidiano representado por las imágenes metafóricas de la pared, la flecha y los monstruos. Precisamente, luego de su lectura, comentamos el tema de la metáfora como recurso poético. Así, la práctica de escritura se potencia al ser compartida en voz alta, permite la reflexión colectiva y la incorporación gradual de conceptos teóricos.

Por último, la publicación fue planificada de manera colectiva. Cada uno seleccionó los textos que quería publicar. Además, realizaron ilustraciones para acompañar las palabras con imágenes como habíamos visto en el libro-álbum. Entre todos, propusieron y votaron el título, el subtítulo y redactaron el «Prólogo colectivo» (2018), titulado «Escritura encerrada», en el que afirman:

(...) logramos hacer esto que ninguno de nosotros imaginaba llegar a realizar. Estamos privados de nuestra libertad, pero no de nuestros sueños. (...) Cuando escribimos sentimos que largamos todo. Sentimos que nos expresamos de corazón, que nos liberamos. Con la escritura encontramos la paz en esta oscuridad. (...) Juntos nos propusimos hacer algo bueno y que nos deje algo mejor. (p. 3)

En sus palabras se destaca la valorización de los productos que fueron desarrollando. A partir de la existencia de estos nuevos objetos artísticos, su autopercepción previa, fuertemente influenciada por intromisiones del discurso dominante, desde el supuesto de incapacidad, se contrasta con la presencia del resultado de su esfuerzo y dedicación.

Bibliografía

Bajour, Cecilia (2009) «Oír entre líneas: el valor de la escucha en las prácticas de lectura». En *Imaginaria*. Número 253. Recuperado de <http://www.imaginaria.com.ar>

Brian, David, Exequiel, Joel, Julián y Mirko (2018) *Las escrituras de los no aptos. Jugando con palabras literarias*. Batán: A cara de perro Ediciones.

Chanti (2017) *Criaturas*. CABA: CalibroscoPIO.

Chartier, Roger (1999) *Cultura escrita, literatura e historia*. México: FCE.

Davies, Ioan (1990) *Writers in prison*. Estados Unidos: Wiley-Blackwel.

Fernández, Mirta G. (2014) *Hurtar la palabra poética: escritura, adolescencia y contextos de encierro*. CABA: El Hacedor.

Finocchio, Ana M. (2009) *Conquistar la escritura. Saberes y prácticas escolares*. Buenos Aires: Paidós.

Foucault, Michel (2002) *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Goffman, Erving (1984) *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.

Rancière, Jacques (2018) *El maestro ignorante*. CABA: Libros del Zorzal.

